

gradas que constituyen el basamento, si se abre a la inundación de la opaca presencia de la piedra y deja resbalar la vista por sus erosionadas rugosidades, cae enseguida en la cuenta de que el templo, erigido en honor de la celeste Hera que protege las nupcias, está hecho de *mar petrificado*. Los otrora bien cortados sillares casi piden que la mano palpe los fósiles amalgamados, apretados para asegurar una consistencia de siglos. Numulites, amonites se superponen, hienden y espacian entre sí, ocultando a su vez, cual si de un palimpsesto cósmico se tratara, miríadas de fantásticas formas que esperan salir a la luz gracias a la acción combinada del viento, el salitre y el sol. En este caos compacto se guarda *tierra*.

La mirada primera, distanciadora y abarcadora, que todo lo reduce a proporción y relación, a *razón*, es una mirada clásica. El contacto cálido y estremecido con el origen, un origen propiciado y hollado por el futuro (la acción posterior de los elementos sobre el antes liso y llano basamento), deja paso a un sentimiento *romántico*. El caos hace aquí acto de presencia dentro de los límites, severos y simétricos, de la forma dórica. Dentro y al fondo de la bien recortada, delimitada figura, técnicamente trabajada, se presiente la infinitud de lo informe.

Creo que éste es el rasgo esencial de la actitud romántica: en lo conocido, dejar que irrumpa lo desconocido; tener ese «sentido de lo invisible» que exigía, para su época, Novalis. Si esto es así, está claro que mirada clásica y palpito romántico son actitudes, esenciales y recurrentes, intrínsecas y a la vez copertenecientes, del hombre, o al menos del hombre occidental. Sin embargo, hay una señalada época —también ella, bien delimitada: entre 1789 y 1848— en que lo romántico, dentro del marco de las revoluciones europeas, de innegable sabor clásico, se hace movimiento y reflexión, sacando a la luz presupuestos y anhelos. Sólo desde esta herencia, todavía no agotada, ni con mucho, podemos retrospectivamente —anacrónicamente, si se quiere— descifrar componentes románticos en constelaciones pasadas. Soy yo, hijo tardío y seguramente mestizo del romanticismo europeo, el que aprecia, en el sustentáculo pétreo, el *símbolo*, la fusión de lo sólido y lo fluido en *esta* grada determinada, la devolución al mar originario de algo que en su día sirvió de cierre macizo del subsuelo inferior, infernal, y de base para levantar un himno a la fuerza ordenadora de lo alto, del cielo. Y todo ello, ocasionado por la contemplación de una *ruina*, de algo que no encuentra sitio ni provecho *al presente*, en el presente, sino que es algo así como una devolución, una re-vuelta de un origen siempre sido y desplazado pero que, centrado en y como *monumento*, avisa a la vez de la fragilidad y mortalidad de la obra humana y de la conversión de la historia —que escande, distancia, ordena los tiempos— en naturaleza, donde todas las cosas volverán a ser *una...* pero todavía no.

El romántico vive en este entretiem po, en este contra-tiem po: entre la nostalgia y la esperanza, exiliado, pues, de su propio tiem po, en el que no se reconoce. Como señala admirablemente Romano Guardini, el romántico es un *Wanderer, der Heim will*², un peregrino que ansía volver al hogar, sabiendo, con todo, que esa vuelta implica disolución y muerte.

Basta parar mientes en este hecho crucial: que el reingreso en el origen es una fusión con un magma todavía inorgánico —o más bien, puesto que se vislumbra desde un futuro fantásticamente curvado, a redrotiem po, ya no orgánico—, para desechar todas esas banales ideas de que los poetas y pensadores románticos han sido o siguen siendo unos reaccionarios, unos *nostálgicos del pasado*; la acusación no tiene sentido, por la sencilla razón de que ese pasado no existió jamás en el tiem po, ni como tiem po; en todo caso, ese supuesto pasado, ese origen desplazado existirá en el futuro, cuando sea ya demasiado tarde para contemplarlo y fijarlo como una etapa más en el desarrollo de la Humanidad. *El origen se guarda en la huella de la ruina*. En una palabra: el pasado originario está, justamente como *palimpsesto*, impidiendo la conformidad, la adecuación del hombre con su tiem po, y con su mundo. Es él quien rechaza la placidez burguesa (*filistea*, se decía) del contento con lo que hay; la reinven ción continua de *mitos del origen* exige del hombre esa extrañeza que Jon Sobrino, el teólogo de la liberación y romántico quizá *sans le savoir*, concentraba hace muy poco en el imperativo de la *castidad*: no querer tocarlo todo, o sea: manipularlo y ponerlo a disposición, porque en toda cosa irradia el infinito del misterio, el secreto del tiem po.

Es este desasosiego el que a mi ver explica un hecho sobre el que por lo común no se paran mientes: el movimiento histórico que convencionalmente denominamos como romanticismo es un fenómeno *parasitario*, una enfermedad, en suma, con lo que vendríamos a dar la razón al orondo Goethe cuando opinaba brutalmente que ser clásico es estar sano; y ser romántico, estar enfermo. De entre muchas citas posibles, escojo este veredicto, de 1825: «El romanticismo no es en absoluto ridículo: es una enfermedad como el sonambulismo o la epilepsia. Un romántico es un hombre cuya mente empieza a desvariar»³.

No ha existido jamás, en efecto, *el* romanticismo, entendiendo como «época comprendida en pensamientos», según el famoso *dictum* hegeliano. El romanticismo histórico se ha dado *a la contra, in partibus infidelium*: en el seno de la Francia posrevolucionaria, imperialmente neoclásica y luego plácidamente restauradora; en la Inglaterra soberbiamente asentada en su dominio marítimo y que mira desde él con desdén a la Santa Alianza, tildándola por boca de Castlereagh y Canning de: «an European Areopagus»⁴; en España, cuyos más importantes portavoces ideológicos confunden en su

² Erscheinung und Wesen der Romantik (1948). En: H. Prang (Hrg.), Begriffsbestimmung der Romantik. Darmstadt 1972, pág. 342.

³ Cyprien Desmarais, Essai sur le classique et le romantique (cit. en R. Picard, El romanticismo social, México 1986, pág. 23).

⁴ En J. L. Talmon, Romanticism and Revolt, Londres 1967, pág. 104.

odio ultramontano (y no sin razón, como veremos) jacobinismo y romanticismo y encierran el país en un pasado obstinadamente hecho presente y, ése sí, bien real⁵, mientras que los espíritus genuinamente románticos —un Espronceda, un duque de Rivas— siguen el camino del destierro; en la no-nata Italia, con el enclaustramiento y exilio interior de Leopardi, en lucha despiadada contra su propio padre, o exterior de Mazzini, el agitador visionario; en Alemania, en fin, y sobre todo, sobre la que se extiende el sopor gris de la época Biedermeier.

Y en justa correspondencia, todos los grandes pensadores y poetas románticos han sido *apátridas*, extranjeros en su propia tierra, o en la ajena. Así lo fueron también sus padres espirituales: el ginebrino Rousseau, buscando en vano un refugio en Francia o en Inglaterra, encastillándose en fin en el Lago de Bienne; o Herder, leal súbdito de la emperatriz de Rusia, escogiendo como patria adoptiva la ciudad hanseática de Riga a la vez que soñaba con la futura integración de los pueblos como leibnizianas mónadas vivas, soñando con una cultura orgánica alemana desde fuera, al margen. Y luego, en pléyade portentosa, el ingeniero de minas Friedrich von Hardenberg, que alienta desde Freiberg el modelo progresista de la ciencia moderna: «accesibilidad y control, producción organizada y comunicación internacional del saber»⁶, a la vez que, intro-vertido como Novalis, avista la «Flor azul» como conjunción (impensable, para el entendimiento burgués) de *amor* como forma de autoconocimiento, *muerte* como iniciación en el «mundo invisible» y *poesía* como ejercitación de la «infinita conciencia en constante trascendencia». O Friedrich Schlegel, prusiano del Norte al servicio del príncipe de Metternich, despreciado y pronto despedido por los burócratas de éste como peligroso soñador, sin encontrar jamás un puesto fijo ni aun como profesor, corriendo desalado entre Jena, Colonia, Munich y Viena, los ojos puestos en la fuerza primordial que vino de Asia, a la que al fin urge a los alemanes a regresar, queriendo convertir así su destino errante en la misión colectiva de un pueblo por nacer⁷: de Alemania (la misma Alemania que le negó posición y sustento), entendida junto con los italianos (la otra nación irredenta) como nuevo *pueblo elegido* de Dios⁸. O Franz von Baader, que ansía reconciliar las tres grandes confesiones cristianas en los márgenes de la descompuesta cristiandad: en San Petersburgo, acariciando el proyecto de ser nombrado «Literarischer Korrespondent» por Alejandro I, y aun de fundar en Rusia una academia para acabar con la «separación y oposición de ciencia y religión»⁹. O Joseph Görres, el ardiente Proteo, primero fanático jacobino, luego defensor a ultranza de la Santa Alianza y que, como Baader, envía memoriales al zar para que Rusia, «colonia de Europa», proteja a la cultura del peligro combinado de Asia y América. O también Heinrich Heine, el romántico antirromántico, el poe-

⁵ Cf. J. Donoso Cortés, El clasicismo y el romanticismo (1838). Obras II, 541.

⁶ H. Böhme, Montan-Bau und Berg-Geheimnis. En: Chr. Jamme/G. Kurz, Idealismus und Aufklärung. Stuttgart 1988, pág. 64.

⁷ Fr. Schlegel, Gedanken (1808/09). KA XIX, 282 (139): «Rückkehr nach Asien ist die Bestimmung der Deutschen».

⁸ Ibid. KA XIX, 267 (29).

⁹ En: D. Tschizewskij/D. Groh (Hrg), Europa und Russland. Texte zum Problem des westeuropäischen und russischen Selbstverständnisses. Darmstadt 1959, pág. 87.